

LA MITOLOGÍA DE LA DECADENCIA*

¿Con qué frecuencia oímos la palabra “decadencia” aplicada a los Estados Unidos, Europa y Occidente? La retórica del declive se ha convertido en un elemento básico de nuestro discurso público, tanto es así que la mayoría apenas percibe cuándo se cruza la línea que separa la racionalidad de la fantasía. La distinción es importante y bastante fácil de aplicar. Si un analista afirma que “Europa está en declive demográfico”, está haciendo una afirmación sobre un hecho estadístico que puede ser cuantificado, verificado y probado –de hecho, las tasas de natalidad en gran parte del continente europeo llevan cayendo desde hace muchos años–. Si, por otro lado, un analista afirma que “el declive de Estados Unidos es inevitable”, está haciendo toda una serie de suposiciones que no se basan en hechos, sino en lo que yo denomino la mitología de la decadencia. Quiero examinar los orígenes y objetivos de esa mitología con el fin de ayudar a distinguir el uso legítimo del término “decadencia” del uso mitológico, que invariablemente sirve a una agenda ideológica –que podríamos llamar “decadentismo”–. Y si mi análisis sirve para limpiar la viciada atmósfera que impregna este debate, en la que abundan las profecías autocumplidas de la decadencia estadounidense –en otras palabras, si

Daniel Johnson es escritor y periodista. Director de la revista *Standpoint*.
(Traducción de Estefanía Pipino y José Manuel de Torres)

* *Standpoint*. Noviembre de 2011. <http://standpointmag.co.uk/node/4156/full>. Texto editado del discurso ofrecido por el autor en el symposium New Criterion/Social Affairs Unit. Nueva York, septiembre de 2011.

puedo acelerar el declive del “decadentismo”–, entonces este es un trabajo que merece la pena.

Comencemos por Gibbon. Si el autor de *Historia de la decadencia y caída del Imperio Romano* no hubiera escrito con tan esmerada prosa, si no se hubiera atrevido a reírse de lo sagrado para despreciar y elevar lo profano a la respetabilidad, quizá su rígido trabajo no habría disfrutado de la condición de clásico casi desde el primer día de publicación. Desde entonces hemos estado meditando sobre la posibilidad de nuestra propia decadencia y caída. Si Gibbon vio en Roma una parábola sobre los peligros del entusiasmo religioso –la Iglesia primero socavó el poder del Estado, para luego pasar a suplantarlo–, su posteridad intelectual extendió su paradigma para crear un culto romántico de la decadencia.

Era tan natural que la Ilustración considerara la decadencia imperial como una consecuencia del irracionalismo, como que los románticos culparan al racionalismo por el mismo fenómeno. A medida que el siglo XIX transcurría, los pensadores se apoderaron de nuevas fuerzas emergentes de su tiempo para explicar el declive: Malthus identificó la demografía; Tocqueville, la democracia; Buckle, la climatología; Marx, el capitalismo; Gobineau, la raza; Nordau, el urbanismo. Todo el mundo tenía una *terminus post quem* o punto de partida diferente para el declive: Newman lo fechó a partir de la Reforma; Kierkegaard, desde la Iglesia primitiva; Nietzsche, a partir de la antigua Grecia; Bachofen, desde el final del matriarcado; Freud, desde los albores de la civilización. En esta era de progreso y optimismo, la decadencia parecía, no obstante, omnipresente. En biología, Darwin había descrito el origen del hombre del limo primigenio; en Física, Clausius y Kelvin habían descrito la entropía irreversible del universo en la segunda ley de la termodinámica; y en metafísica, Schopenhauer había descrito la vida como “un negocio que no cubre sus costes”.

Sin embargo, no fue en el siglo XIX sino en el XX cuando realmente arraigó la mitología de la decadencia. La era de las guerras mundiales y de la Guerra Fría, que fue testigo del auge y caída del Imperio Romano de Mussolini, del Reich de los mil años de Hitler y de la dictadura del proletariado de Lenin, estaba destinada a generar teorías sobre la decadencia.

Pero la más influyente de todas ellas fue la relativa a “Occidente,” un concepto que comenzaba a ponerse de moda al alcanzar los imperios europeos su cenit en los años anteriores a 1914. Hace exactamente un siglo, un oscuro maestro de escuela prusiano llamado Oswald Spengler tuvo una revelación. El año 1911 fue el de la crisis de Agadir, el torpe intento del Kaiser para emular el telegrama de Ems a Bismarck, ingenioso ardid que había incitado a Napoleón III hacia la guerra franco-prusiana. Agadir fue la crisis que dio nombre a la “diplomacia de las cañoneras”. Resultó fatal para los alemanes y especialmente para el Kaiser, que perdió su templanza y con ella su influencia sobre la élite política y militar que, tres años más tarde, tras el asesinato en Sarajevo, pasaría a ocuparse de los asuntos, con consecuencias catastróficas no solo para Alemania sino para toda la civilización occidental. No deja de ser curioso que los enemigos de Israel –Irán, Egipto y Turquía– últimamente se hayan dedicado a jugar a la diplomacia de las cañoneras, con el envío de buques de guerra por el Canal de Suez o la amenaza de romper el bloqueo naval de Gaza. Mi pronóstico es que retrocederán tan pronto como se topen con una resistencia firme, tal como ocurrió con el envío de la cañonera alemana Panther a Agadir, que obligó a franceses y británicos a reaccionar con fuerza, y que terminó en humillación para el Kaiser y su Flota Imperial.

El espectáculo de esa humillación, sin embargo, suscitó en Spengler indicios del desfallecimiento de la civilización. Dos décadas después, en vísperas de la confiscación del poder por Hitler, Spengler volvió la vista atrás sobre el momento en que le llegó su gran idea:

“Yo estaba indignado por la estupidez de nuestra política, que tranquilamente consentía a la conclusión del cerco sobre Alemania, por la ceguera de todas las élites que no creían en una guerra que en realidad ya había estallado, por el optimismo criminal y suicida que se jactaba de nuestro ascenso desde 1870, por nuestra supuesta influencia que en realidad se había despilfarrado hacía mucho tiempo, por nuestra aparente riqueza, que realmente solo era un escaparate, y que rechazaba cualquier idea de que todo esto podría cambiar radicalmente. Y detrás de ello pude ver la inevitable revolución, que tanto Metternich como Bismarck habían previsto con clarividencia, y que tenía que llegar y no solo para Alemania, tanto si regresábamos a casa victoriosos como si no”.

Spengler vio a Marx como a un inglés y el marxismo como una perversión del liberalismo de Manchester (lo que nosotros llamaríamos el libre mercado). Esto hubiera sorprendido a Marx tanto como a sus críticos, pero tal vez Spengler estaba en lo cierto en algo: la evolución de China hacia una economía de mercado con un Estado unipartidista, basada todavía en la dictadura del proletariado, muestra que el marxismo es en gran medida ideológicamente parasitario del capitalismo. Solo el libre mercado puede crear la riqueza necesaria para sostener un aparato de partido y su extenso sistema de clientelismo político. Poco importa si el partido en cuestión se autodenomina comunista, fascista o nacionalsocialista: en los tres casos, el partido tiene el monopolio sobre el acceso al mercado que le permite enriquecer a sus dirigentes e imponer la obediencia a los capitalistas. El propio Spengler apoyaba lo que él llamaba “prusianismo” (*Preussentum*), una versión idealizada del despotismo ilustrado de Federico el Grande. Como dijo Voltaire, el filósofo preferido de Federico, Prusia era “Esparta por la mañana y Atenas por la tarde”. Pero como descubrió Voltaire cuando cayó en desgracia, en la práctica, el “viejo Fritz” era más despótico que ilustrado. Es por eso que su marca de absolutismo militarista atrajo tanto a Carlyle, a Spengler y a Hitler.

Siete años y una guerra mundial después de la premonición de Spengler, en 1918, se publicó su libro coincidiendo con la disolución del imperio alemán. *Der Untergang des Abendlandes* se tradujo como *La decadencia de Occidente*, pero la palabra alemana *Untergang* es mucho más radical que “decadencia”; algo así como “derrumbamiento” sería mejor. Se trataba de una visión apocalíptica para un tiempo apocalíptico. Sin embargo, la guerra en sí misma no figura en el libro, ni siquiera indirectamente. El método “morfológico” de Spengler, que aseguró haber tomado de Goethe, trata a las civilizaciones como organismos. La civilización occidental hacía tiempo que había pasado su cenit creativo y, al igual que otras anteriores, había entrado ahora en una era de “césares” –constructores de imperios como Cecil Rhodes, por quien Spengler sentía una admiración ilimitada–. Spengler fue un historicista extremo, es decir, un relativista histórico: creía que la ciencia, la filosofía y el arte occidentales (por no hablar de la religión y la moral) no tenían validez objetiva, sino que simplemente expresaban los productos peculiares de nuestro tiempo y lugar, lo efímero de una cultura fugaz ya abocada a su disolución.

Hoy ya no se lee mucho a Spengler, pero aún persiste la influencia de su mitología de la decadencia. Tomemos, por ejemplo, el nuevo libro del eminente sociólogo Robert Bellah, *Religion in Human Evolution: From the Paleolithic to the Axial Age* (La religión en la evolución humana: desde el Paleolítico hasta la era axial). Esta es una obra comparable a *La decadencia de Occidente*, y de una erudición sin duda más sólida. De hecho, intelectuales de la talla de Jürgen Habermas y Charles Taylor se entusiasmaron con la obra maestra de Bellah, considerada como la mayor contribución a la sociología de la religión desde Max Weber, hace un siglo. Sin embargo, la conclusión de Bellah es Spengler en estado puro: “Si hay un propósito práctico fundamental en un trabajo como este que se ocupa a grandes rasgos de la evolución biológica y cultural, este llega tarde: es imperativo que los seres humanos sean conscientes de lo que está ocurriendo y que tomen las medidas drásticas necesarias, tan evidentemente necesarias como hasta la fecha ignoradas por las potencias de esta tierra”. Para Bellah, entonces, la amenaza del cambio climático sirve al mismo propósito que la amenaza de la guerra mundial sirvió a Spengler. Bellah también comparte el historicismo de Spengler, solo que con un sesgo antioccidental: “Considerar que ‘nosotros’, particularmente si con ello nos referimos al Occidente moderno, estamos en posesión de verdades universales basadas en la revelación, la filosofía o la ciencia que podemos imponer a los demás, es el aspecto ideológico del racismo, del imperialismo y del colonialismo”.

Bellah ve su trabajo como una demostración de que “estamos todos juntos en esto”, lo que “acercará un poco más la realización del sueño kantiano de una sociedad civil mundial que podría, al fin, limitar la violencia entre las sociedades organizadas en forma de Estado y hacia el medio ambiente”. El sueño de Bellah sería una pesadilla para la mayoría de la gente, puesto que los únicos Estados que probablemente puedan ser limitados por “la sociedad civil mundial” son los Estados occidentales, dejándolos irremediabilmente expuestos a la agresión de los demás.

A pesar de la incesante invocación del ensayo de Kant sobre la “paz perpetua” para socavar el excepcionalismo estadounidense por parte de autores progresistas como Bellah, al sabio de Königsberg le habría horroizado la forma en que la mitología de la decadencia occidental ha infec-

tado el discurso académico de las relaciones internacionales. La propia ONU, supuestamente inspirada por la visión kantiana, es la mejor ilustración de lo que ha funcionado mal. Basados en la idea de que el poder de Occidente es más el problema que la solución, la ONU y el resto de la “sociedad civil mundial” no escatiman esfuerzos con tal de limitar a EE. UU. y sus aliados, al mismo tiempo que chantajea a Occidente con donar la extorsión económica conocida como “ayuda” a algunos de los déspotas más infames del planeta.

La propuesta del nuevo Estado de Palestina, ahora legitimada por la Asamblea General de la ONU, depende por completo de dichos rescates económicos, muchos de los cuales van a parar a manos de terroristas y de sus patrocinadores civiles. Sin la mitología de la decadencia, Occidente se negaría a someterse a esta grotesca extorsión.

Una minoría de los escritores recientes sobre la decadencia estadounidense lo hace con más pena que regocijo. Entre ellos destacan dos: Niall Ferguson y Mark Steyn. El libro de Ferguson *Civilization: The West and the Rest* (*Civilización: Occidente y el resto*) es el último de una larga lista a incluir dentro del género, iniciado por Spengler, de la mitología de la decadencia. Ferguson no es, sin embargo, un ferviente decadentista: sus dos libros sobre la historia británica y estadounidense, *El imperio británico* y *Coloso*, son categóricamente prooccidentales. Como también lo es su *Civilización*. Lo que ocurre es que una vez que las potencias asiáticas hayan aprendido a imitar las características esenciales que condujeron a la supremacía occidental, inevitablemente se podrán a la misma altura o incluso superarán a sus mentores. Y así Ferguson concluye que Occidente cederá inevitablemente su hegemonía a las potencias asiáticas, entre las que China y la India son las que más éxito están teniendo gracias a haber llegado las últimas. Además, él piensa que los chinos están casi preparados para tomar el relevo. “Lo que estamos viviendo ahora es el final de los 500 años del predominio de Occidente”. Ferguson, por cierto, también se hace eco sin saberlo de Spengler, cuando infla la amenaza de China. En *Years of Decision* (*Años de decisión*), la secuela *La decadencia de Occidente*, Spengler ya advirtió sobre el “peligro asiático”. Spengler describió un Occidente abrumado por las hordas asiáticas, y es cierto que entre 1941 y 1942 los imperios europeos fueron derrotados

con extraordinaria rapidez por los japoneses. Sin embargo, el campeón occidental, los EE. UU., devolvió el golpe con tal contundencia que aseguró no solo la derrota del Japón imperial, sino también el triunfo final del modelo occidental en el Extremo Oriente.

El problema de China no es que sea un éxito comercial –si en la década de 1940 Occidente no hubiera permitido el triunfo de Mao, la revolución industrial china habría llegado dos generaciones antes–, sino que sea una potencia tiránica y, al igual que todas las tiranías, letalmente paranoica. Actualmente cuenta con un sistema de misiles guiados por satélite diseñado específicamente para aniquilar a los grupos de portaaviones de combate de la Sexta Flota de los EE. UU. Esta es una mala noticia para los Estados Unidos, pero lo es aún peor para los vecinos de China. Aun así, no hay nada que los chinos puedan hacer que los estadounidenses no puedan mejorar, especialmente en el campo de la tecnología militar. Solo la mitología de la decadencia impide a los EE. UU. anunciar una nueva Iniciativa de Defensa Estratégica (“Guerra de las Galaxias”).

El problema con la tesis de Ferguson no es su carencia de evidencia empírica: ha acumulado una impresionante variedad de estadísticas y otros ejemplos para respaldar su argumento. Y tiene razón cuando señala el agujero en el corazón de Occidente: la amnesia cultural que ha privado a generaciones de los valores fundamentales que antaño fueron nuestra arma secreta. “Tal vez la verdadera amenaza no sea el auge de China, el islam o las emisiones de CO², sino que hemos dejado de creer en la civilización que hemos heredado de nuestros antepasados”.

No, el problema con Ferguson es que otorga demasiada poca importancia a la capacidad de recuperación y renovación que los Estados Unidos y, en menor medida Europa, han demostrado en los dos últimos siglos. La Guerra Civil a punto estuvo de estrangular a la naciente república estadounidense en su cuna. Las dos guerras mundiales estuvieron incluso más cerca de destrozar a Europa que de recuperarla. Sin embargo, tanto Estados Unidos como Europa han resurgido varias veces de sus cenizas. El ejemplo más notable de todo ello es, sin duda, Israel: la combinación de refugiados judíos europeos junto con el apoyo judío estadounidense ha creado una de las na-

ciones más fuertes y una de las economías más dinámicas del mundo. China y la India no pueden igualar esta capacidad de Occidente para regenerarse. Ferguson no niega seriamente este hecho, pero resulta mortal para su razonamiento. De hecho dedica todo un capítulo a refutar la mitología de la decadencia, aunque sucumbe voluntariamente a su atracción. Ferguson es una combinación desesperante de buen historiador y mal profeta. Pero es el futuro, y no el pasado, el que siempre ha traído las mejores recompensas, seduciendo a los que pueden pasar por sabios para satisfacer la insaciable curiosidad de los crédulos.

Mark Steyn resiste esta tentación poco rigurosa mejor que su más docto rival. Este leñador literario, que con su ingenio mordaz ha talado bosques enteros de sagrados robles progresistas, ha escrito dos libros, *America Alone* (América en soledad) y *After America* (Después de América), que han logrado subvertir la legitimidad reclamada por las clases políticas de Europa y EE. UU. de sus proyectos de autobombo y sus costumbres autodestructivas. La opinión de Steyn sobre Europa es tan crítica como convincente: desde el suicidio demográfico pasando por la abdicación de la propia defensa, lleva a cabo un análisis forense sobre el vaciamiento al que ha sido sometida la gran cultura y por la que el continente todavía era respetado hace apenas una generación. De hecho, Steyn dio por perdida a Europa hace años: satisfecha de estar al dictado de déspotas como el coronel Gaddafi o el coronel Putin, la Unión Europea es mucho menos que la suma de sus partes. Después de dos guerras mundiales, de una guerra fría y ahora de la “cuarta guerra mundial”, los estadounidenses siguen tan resentidos por realizar el trabajo duro como los europeos siguen mostrándose ingratos. Sin embargo, la indignación y la ingratitud no son una buena base para la política, y los EE. UU. se juegan todavía tanto intereses como sentimientos en Europa. La doctrina Obama de dejar que el mundo se cueza en su propia bilis no es ni práctica ni decente; de hecho es otro producto de la mitología de la decadencia. Ningún estadista estadounidense quiere ser acusado cuando surja el clamor: “¿Quién perdió Europa?”

Pero si perverso es que Mark Steyn dé a Europa por perdida, lo es aún más, sin duda, el dar a los Estados Unidos por perdidos. El tema principal de *After America* lo indica su subtítulo: *Get Ready for Armageddon* (Prepa-

rados para el Apocalipsis). Steyn cree que los europeos tuvieron la fortuna de contar con el apoyo cercano de los Estados Unidos para amortiguar su declive tras la posguerra, pero que los estadounidenses no tendrán semejante lujo. Esto tiene sentido, pero hay un trecho hasta concluir de ello que los EE. UU. están al borde de la catástrofe, tal vez en el transcurso de la próxima legislatura presidencial. Una vez más, la mala de la película es China, que se cree que superará a la economía de EE. UU. en los próximos años. Steyn le da un toque original a este auge chino: lo ve como una versión agrandada del Irán islamista; un coloso totalitario y envejecido, demográficamente mermado por su política de hijo único, y que resulta mucho más peligroso por sus carencias. Steyn también señala que, contrariamente a tanta opinión “experta” difundida a lo largo de varias décadas, la occidentalización económica hasta ahora no ha conducido a una reforma política significativa. El Apocalipsis está a la vuelta de la esquina porque, por vez primera en la historia, un Estado de partido único dirigido por un *politburó* se encuentra en proceso de sustituir a los Estados Unidos no solo como superpotencia económica, sino también como superpotencia política y cultural. Su símbolo favorito de ello es el lento pero constante cambio del inglés al mandarín como lengua predominante en el mundo. Y la acusación es que fue por nuestra culpa que el mundo se acostumbró a rendir homenaje (y a pagar intereses) a un imperio malvado que ni tan siquiera usa el alfabeto romano.

Steyn quizá tenga razón en su análisis, pero no veo cómo puede tenerla en los dos aspectos. O bien el auge de China es en efecto el Apocalipsis, o el partido todavía se está jugando. O bien las múltiples dolencias de Estados Unidos son terminales, o aún se puede evitar lo que él denomina “mundo post-norteamericano”. El último capítulo del libro de Steyn está dedicado a un plan de acción para restaurar la grandeza de los Estados Unidos: descentralizar, “des-gubernamentalizar”, desregular, “des-monopolizar”, simplificar, “des-credencializar”, “des-garantizar”, “des-normalizar”. En resumen, todo lo que el Tea Party podría adoptar como un manifiesto si realmente fuera un partido político.

Todo bien, pero ¿cómo encaja este plan de acción radical con la destructiva mitología de la decadencia que constituye el resto del libro? La

regla de Milton Friedman –hacer que las personas equivocadas hagan lo correcto– es también la de Mark Steyn, pero ¿cómo conseguir que toda una nación de “gente equivocada” haga lo correcto? “Estados Unidos se enfrenta a una elección”, escribe. Amén a eso. Pero también denuncia “la inercia, el hastío, el fatalismo” que ve a su alrededor. ¿Quiénes son los estadounidenses a los que Steyn se dirige? Todos aquellos que, presumiblemente, no hayan sido aún corrompidos por el Gran Gobierno y adoctrinados por el “Obamesías”. Pero si hay suficientes estadounidenses normales y corrientes para hacer que este llamamiento sea significativo, debemos suponer que, después de todo, el país no está forzosamente enfrentándose a una pérdida de relevancia.

Lo que está sucediendo aquí es un juego de prestidigitación: hay una bifurcación en el camino de servidumbre (Hayek es una inspiración importante, aunque no reconocida, de Steyn) y sencillamente no es verdad que todos los caminos conduzcan al Apocalipsis. Steyn es un mitólogo de la decadencia, pero no es un decadentista: por el contrario, él hubiera culpado sin duda, como yo, a los decadentistas por haber convencido a sus compatriotas de la aceleración del declive.

La diferencia entre nosotros es que, como Adam Smith, yo creo que hay una gran cantidad de ruinas en una nación –y una gran cantidad de decadencia en Occidente–. Los Estados Unidos todavía representan la antítesis del fatalismo que domina tanto al mundo islámico como a China. El determinismo impersonal, característico tanto del comunismo chino como del “kismet”^{*} islámico, me parecen ambos una base dudosa para querer dominar el mundo. Vivimos en una época que todavía valora la libertad individual, a pesar de todos los efectos “infantilizantes” del estatismo paternalista. Todas estas locuras, que Mark Steyn disecciona amorosamente, son sin embargo subproductos de la libre elección. Al final, una vez que ha agotado todas las otras opciones, Estados Unidos siempre hace lo correcto. Nada menos que el 11 de septiembre hizo posible que los Estados Unidos devolvieran con toda su fuerza el golpe a los islamistas radicales; nada

* El destino que Alá reserva a cada hombre y que este debe cumplir incondicionalmente. (Nota del editor)

menos que el peor presidente de todo un siglo ha hecho posible que se produjera una reacción tan rápida frente a sus excesos como la que estamos ahora presenciando. La mitología de la decadencia solo puede conquistar el imaginario nacional si abandonamos la distinción entre racionalidad y fantasía.

Los Estados Unidos de América todavía pueden ser arrastrados por el peso muerto de las ya extintas ideas del pensamiento que una vez fue considerado progresista. Pero lo más probable, creo yo, es que los padres fundadores sean reivindicados de nuevo. Ellos confiaron en la sensatez del pueblo estadounidense. Gibbon tenía razón al continuar su *Historia de la decadencia y caída del Imperio Romano* por otros mil años después del saqueo de Roma: su verdadera materia de estudio es la persistencia de las ideas y de las instituciones romanas largo tiempo después de sus creadores. De hecho, podría haber encontrado continuidades mucho tiempo después de la caída de Constantinopla en 1453, que fue su *terminus ad quem* (punto final). De hecho, el último heredero legítimo de los emperadores romanos acaba de fallecer: Otto de Habsburgo. Y Roma todavía tiene su *pontifex maximus* (pontífice máximo). Lo mismo ocurre con la civilización occidental, que sobrevivió incluso a las guerras más destructivas de la historia; y así pasará también con los Estados Unidos, que ha sido capaz de prosperar en los buenos y en los malos tiempos gracias a la visión de sus fundadores.

Nadie ha escrito la decadencia y caída del imperio estadounidense por la buenísima razón de que tal cosa no existe; una república puede, como Venecia, perdurar durante un milenio. Y Estados Unidos es ya más antiguo que todos a excepción de un puñado de sistemas de gobierno (incluyendo el Reino Unido, que se creó formalmente un cuarto de siglo después de 1776). Sin embargo, los EE. UU. se rejuvenecen constantemente. El aniversario del año que viene de la guerra de 1812 es una oportunidad para que las dos grandes naciones de habla inglesa reflexionen sobre cómo las diferencias del pasado y del presente han sido superadas por nuestra herencia común y nuestro sacrificio compartido.

Sea o no verdad el que una u otra nación pueda estar en algún momento en declive –y bastante a menudo, como con Ronald Reagan y Mar-

garet Thatcher, tener sus vaivenes–, el Reino Unido y los Estados Unidos permanecerán de pie o caerán juntos. Una de las razones por las que espero con ansiedad el resurgimiento de los Estados Unidos bajo el mandato de un nuevo presidente es que estoy seguro de que el Reino Unido también hará lo propio.

PALABRAS CLAVE

Occidente • EE. UU. • Europa • Asia - China - India • Valores occidentales • Formas actuales de pensamiento antiliberal • Islam

RESUMEN

Este ensayo quiere probar que el término “decadencia” está siendo aplicado mitológicamente a la cultura occidental por algunos autores progresistas sin una concreción sólida y que ello responde a una “agenda ideológica” determinada. Daniel Johnson comparte que algunas sociedades occidentales europeas muestran signos de agotamiento, sobre todo en sus valores, pero no comparte la visión decadentista que ante el auge de las nuevas potencias asiáticas asume como inevitable el declive de los EE. UU.

ABSTRACT

This paper aims to show that the term “decline” is being used mythologically for Western culture without a sound basis by some progressive authors, and that this responds to a specific “ideological agenda”. Daniel Johnson shares the idea that some Western European Societies are showing signs of exhaustion, particularly their values, but he does not share the declining vision that before the emergence of new Asian powers inescapably lies the decline of the USA.